
CIENCIA Y DEMOCRACIA;
ESPÍRITUS SIN CUERPO, CUERPOS
SIN ESPÍRITU

ALAN HEIBLUM ROBLES

¿Están los ciudadanos en condiciones de incorporar el espíritu científico (el compromiso con el conocimiento, el régimen de objetividad, atender a lo que no es obvio, etc.) en sus deliberaciones públicas? ¿Es ello requisito necesario para la democracia?

La ciencia y la democracia son instancias que se encuentran tan alejadas de sus propios espíritus que las interacciones dentro de la matriz ciencia/democracia/espíritu-científico/espíritu-democrático son de muy difícil cálculo. Considérese por ejemplo la pregunta análoga:

¿Están los científicos en condiciones de incorporar el espíritu democrático (el compromiso con la pluralidad, el régimen del diálogo, atender a las minorías, etc.) en sus deliberaciones expertas? ¿Es ello requisito necesario para la ciencia?

Una primera respuesta no tardaría en mostrar que los vientos que hoy soplan, simplemente arrastran las naves científicas lejos de semejantes costas. Es común el reproche de que los científicos, vía una presión adaptativa, desarrollan más y más las habilidades necesarias para obtener financiamientos y publicaciones, que aquellas necesarias para extender el conocimiento mismo. También se podrían mencionar otros factores sociológicos como la existencia de incentivos —ya sean premios o fondos— que apoyan el desarrollo de productos y resultados, pero no la exploración y comprensión en sí mismas. Por otra parte, la existencia de un efecto de bola de nieve donde nada detiene el crecimiento de los campos de investigación ya establecidos, pero tampoco la disminución de oportunidades de desarrollo de las propuestas alternativas. Incluso se podrían mencionar factores epistemológicos que también clausuran la sana expresión del pluralismo científico, como la extensión del complejo monista, según el cual la ciencia persigue *la* verdad a través de *el* método. Un ensayo de respuesta en estos términos, que intenta mostrar que al verse sumergidos en un mero esquema de producción, los científicos se alejan tanto del espíritu de la ciencia como del de la democracia, también permite parcialmente observar que aunque deseables, la incorporación de dichos espíri-

Investigador independiente. / mulbieh@gmail.com

tus no resulta un requisito necesario en estricto sentido. Nos enfrentamos, entonces, a la difícil tarea de conceptualizar el andar de los cuerpos que tal vez ya han perdido su espíritu.

Si bien siempre parece oportuno defender a la ciencia, en última instancia también debemos defender a la sociedad de la ciencia (haciendo hurto del conocido título de Feyerabend), así como de cualquier otra empresa pronta a olvidar que no constituye sino una expresión humana más. A vuelo de pájaro, se puede concluir que todas las relaciones entre estos cuerpos y espíritus son meramente contingentes. Sin embargo, aquí hay un aspecto importante a resaltar. Por más insatisfactoria que nos pueda resultar el cuerpo de la ciencia en su estado actual, es fácil convenir que mantiene su título de *ciencia*. Por otra parte, ¿en qué sentido el desmejorado cuerpo de la así llamada democracia en que vivimos —que no es *participativa* ni representativa sino en todo caso *usurpativa*— puede ser considerada cuerdamente una *democracia*?

El grueso de los ciudadanos sostiene nociones embozadas por la persuasión, no sujetas a rectificación y estancadas en lugares comunes; sus acciones no lucen mejor, atrapadas por inercias, perdidas en la abstracción y carentes de una estela. Entonces no, el grueso de los ciudadanos no parecen siquiera cercano a poder incorporar en sus deliberaciones públicas el compromiso con el conocimiento, el régimen de objetividad, la aceptación de lo extraño y otros componentes del espíritu científico. Pero aun cuando no guardan una relación de necesidad, las manifestaciones ya mencionadas del espíritu científico pueden jugar un rol clave en la consecución de una democracia real y, por lo tanto, su articulación debe ser exigida.

Si abandonamos el nivel general y abstracto de la discusión y la llevamos a un ejemplo concreto, tal vez pueda apreciarse mejor el peso de esta última afirmación. Por razones de espacio y temperatura social, abordaré brevísimamente y como único ejemplo el trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense y del equipo a cargo del especialista en fuegos de la Universidad de Queensland, José Torero. Afortunados además desde un punto de vista de la didáctica de la ciencia, los experimentos e interpretaciones realizados dictan una confrontación concluyente de la así llamada “verdad histórica” ofrecida por el gobierno federal. En franca violación de la instancia dialógica que comparten el espíritu científico y el democrático, la versión oficial llamó prematuramente *hecho* a lo que debía ser una *investigación abierta*. Ciencia y democracia deben, entonces, exigirse mutuamente la cabal comprensión de lo que ocurrió aquel septiembre del 2014 y la denuncia de las estructuras de poder que lo hicieron posible.